

Luis Ignacio Iriarte*

⇒ José Lezama Lima y la búsqueda de una cultura nacional

Resumen: El escritor cubano José Lezama Lima comenzó a estudiar Derecho en 1929 y se recibió de abogado en 1938. En esa época fundó *Verbum*, una revista que pertenecía a la Asociación de Estudiantes de Derecho. Este trabajo se propone elaborar una lectura de la revista y de algunos otros textos iniciales de Lezama Lima en diálogo con la constelación de ideas formada durante la Reforma Universitaria de 1923.

Palabras clave: José Lezama Lima; Reforma Universitaria; Cultura nacional; Literatura cubana; Siglo XX.

Abstract: Cuban writer Jose Lezama Lima began studying law in 1929 and became a lawyer in 1938. At that time he founded *Verbum*, a magazine that belonged to the Law Students Association. This work aims to develop a reading of the magazine and some other of Lezama Lima's initial texts in dialogue with the constellation of ideas formed during the University Reform of 1923.

Keywords: José Lezama Lima; University Reform Movement; National Culture, Cuban Literature; 20th Century.

1. Introducción

En el libro *Sobre los principios. Los intelectuales caribeños y la tradición* (2006), Arcadio Díaz Quiñones retoma las ideas de Edward Said para presentar una colección de ensayos sobre los modos mediante los cuales una serie de intelectuales se inscribieron en la tradición y dieron comienzo a su obra. De más está decir que tanto las ideas teóricas como cada uno de los capítulos constituyen un aporte de primer orden para el estudio de la literatura del Caribe y de la cultura latinoamericana en general. Entre esas contribuciones, se encuentra la claridad con la que Díaz Quiñones define los sentidos del concepto que estructura el volumen. Los principios apuntan a diferentes niveles y no tienen una única referencia. En primer lugar, se trata de un término de la retórica mediante el cual se identifican las primeras líneas de un texto, en las cuales el autor suele inscribirse en una tradición y se propone captar la atención del lector. Pero también se refiere a los princi-

* *Doctor en Letras por la Universidad de Buenos Aires; docente de la Universidad Nacional de Mar del Plata e investigador de Conicet. Su tesis doctoral se titula Retóricas del barroco. De los lectores del siglo XVIII a los escritores José Lezama Lima y Severo Sarduy. Entre otros, ha publicado diversos artículos y capítulos de libro sobre el Barroco contemporáneo en América Latina y sobre las obras de José Lezama Lima, Severo Sarduy y Néstor Perlongher. Contacto: iriarteignacio@yahoo.com.ar.*

pios éticos o políticos de un escritor y, desde otro ángulo, enfoca de manera más amplia sus primeras publicaciones, etapa inicial en la cual toma una serie de decisiones que van a tener un gran peso en su obra posterior.

En este trabajo me propongo retomar estas ideas para elaborar una lectura de los primeros años de José Lezama Lima. Más específicamente, el objeto de este artículo está constituido por *Verbum* (1937), la primera revista que fundó Lezama Lima, en cuyos tres únicos números ocupó el cargo de secretario de Redacción, y por una serie de textos (poemas, ensayos, crónicas periodísticas y un tramo de su correspondencia), la mayor parte de los cuales redactó bajo la órbita de Juan Ramón Jiménez. Por cierto, entre estos trabajos podría figurar “Muerte de Narciso”, publicado en la revista en 1937. Pero el extenso poema de Lezama, aparte de haber sido abundantemente comentado, merece una lectura detenida. En un trabajo como éste, referente a los primeros años del escritor, un análisis de ese texto sería injustificadamente incompleto y, más grave aún, le restaría importancia a otros poemas y ensayos, que resultan igual de centrales.

Ante todo, hay que decir que los primeros años de Lezama están ligados a la universidad. El futuro escritor comenzó a cursar la carrera de Derecho en 1929. Poco después, tras una serie de manifestaciones populares, el gobierno de Machado clausuró la universidad. Lezama recién pudo reanudar sus estudios en 1936 y, dos años después, se graduó de abogado con su tesis *La responsabilidad criminal en el delito de lesiones*. Sin duda, se trata de un raro título para un poeta tan poco interesado en la burocracia cotidiana. Pero lo cierto es que, hasta la Revolución, Lezama vivió de la abogacía. Según Gema Areta Marigó, que preparó las ediciones facsimilares de las revistas *Verbum*, *Espuela de plata* y *Nadie parecía*, una vez recibido comenzó a trabajar en un reconocido bufete (2003: 18). Poco después, en 1940, logró un puesto en la cárcel de La Habana como secretario del Consejo de Defensa Social. Por cierto que ésta no debe haber sido una actividad inspiradora. Según recuerda Manuel Moreno Fragnals, en ese puesto, Lezama tenía una jornada de seis horas diarias, que dedicaba al estudio y organización de expedientes de presos comunes, que cumplían condenas por escándalo público, robo y juegos prohibidos (1986: 99). Eloísa Lezama Lima presenta un panorama más tétrico: “Allí vivió días de horror por las insurrecciones de los penados y su desconocimiento del manejo de las armas” (1979: 16).

Como se puede deducir de estos recuerdos, los principios del escritor pueden comprenderse a partir de las relaciones conflictivas que Lezama mantuvo con la abogacía y, cabe agregar además, con la política inmediata. En ambos casos, los datos fundamentales se encuentran en *Verbum*. La revista está íntimamente vinculada a la universidad. *Verbum* era una publicación financiada por el decano de la facultad, Roberto Agramonte, y era el “Órgano Oficial de la Asociación Nacional de Estudiantes de Derecho”, tal como lo recuerda el lema debajo del título de la portada. Por otra parte, si bien tiene el sello inconfundible de su estilo, la idea original, según comenta el propio Lezama en “Recuerdos: Guy Pérez Cisneros”, había sido de sus compañeros René Villarnovo y Manuel Menéndez Massana. El primero fue el director de *Verbum* y el segundo, uno de los integrantes del Consejo de Redacción, mientras que a Lezama se le asignó, como ya se dijo, el puesto de secretario de Redacción.

Con todo, a pesar de este anclaje universitario, Lezama desairó los temas jurídicos. Gastón Baquero recuerda que cierta vez le preguntó a Lezama por qué no le pedía un texto a Agramonte, que era no sólo el decano, sino también el sostén económico de la

publicación. La respuesta es asombrosa: “ese señor no colabora aquí, porque no tiene nada que ver con nosotros”.¹ Por cierto, hizo alguna concesión. Así, en el segundo número apareció una reseña sobre el volumen *Curso de legislación hipotecaria*, un manual para uso de los estudiantes preparado por el doctor Manuel Dorta Duque. Pero las pocas excepciones subrayan más claramente aún que el trabajo literario de Lezama se inclinó desde el principio en la dirección contraria a la de su título. Villarnovo y Menéndez Massana no publicaron un solo texto en las páginas de *Verbum*. En cambio, aparecieron varios de los escritores y artistas plásticos que acompañarían a Lezama en sus empresas editoriales: Juan Ramón Jiménez, Ángel Gaztelu, Guy Pérez Cisneros, René Portocarrero, aparte de que están aludidos los pintores que luego formarían parte del grupo Orígenes.

Si los primeros años del escritor se caracterizan por una oposición entre la literatura y el Derecho, otro tanto cabe decir respecto de la política inmediata. Pero en este caso las cuestiones son más complejas. Esto se debe a que, en última instancia, *Verbum* no deja de ser una publicación estudiantil, fundada pocos años después de la Reforma Universitaria. La revista es incomprensible sin ese antecedente y no podría entenderse sin la constelación intelectual que se organizó alrededor de esa primera gran irrupción de la juventud en Cuba y América Latina. Por cierto, si por un lado Lezama fundó su obra a la vez que se desinteresó por el Derecho, también en lo que respecta a la política se produjo algo similar. Sólo que en este caso cambió una comprensión de la política por otra. En las páginas de *Verbum*, lo mismo que en varios de los textos colaterales, el escritor rompió con la participación en la política partidaria para definir lo que Paul Valéry denominó una “política del espíritu”. En concreto, en sus principios, Lezama se propuso la formación de una cultura nacional.

Para comprender este aspecto, verdadero propósito de este trabajo, es imprescindible una mínima caracterización de la Reforma Universitaria. Por supuesto, el somero panorama que se presenta en el primer apartado no pretende ser una lectura original sobre el tema. Se ha escrito abundantemente sobre la cuestión y se pueden citar, entre otros, a Portantiero (1978), Cúneo (1978), Biagini (2000), el volumen colectivo de Marsiske y Alvarado (2006), sin olvidar las referencias de Halperín Donghi (2000; 2007). Sin embargo, no es ocioso hacer un breve panorama de la Reforma porque permite darle un acento nuevo a los primeros años de Lezama Lima. Por cierto, la crítica sobre el escritor, en particular Mataix (2001), ha tomado en cuenta sus influencias, entre las cuales la autora destaca a los escritores modernistas. Los trabajos sobre las revistas de Lezama, por ejemplo los textos de Uribe (1989), Vitier (1993), Areta Marigó (2001) y Kanzevsky (2004), pusieron en primer plano el impacto que en él generó la situación política cubana, y la crítica en general destacó su participación en la protesta estudiantil del 30 de septiembre de 1930. Pero, a diferencia de estas lecturas, en este trabajo se leen los principios de Lezama en diálogo con el clima de ideas formado durante la Reforma. A partir de esta perspectiva, se puede afirmar que, en sus comienzos, Lezama rechaza la radicalización estudiantil. Selecciona, en cambio, las perspectivas espirituales, hispanistas, moderadas. Sobre ese trasfondo, diseña una mirada original sobre los intelectuales y la formación de una cultura nacional.

¹ Citado por Areta Marigó (2001: 33).

2. Algunos aspectos del movimiento estudiantil

En La Habana, la Reforma Universitaria se pronunció públicamente durante el Primer Congreso Nacional de Estudiantes, con una famosa declaración del 1º de enero de 1923. En ese texto se establecen los derechos y los deberes de los estudiantes. En sus líneas generales, reproduce las reivindicaciones que habían sonado en Córdoba en 1918. Así, exige la autonomía universitaria, la participación en la elección de las autoridades, la libertad de asistencia a las clases, el financiamiento público y la obligación, por parte de los estudiantes, de hacer realidad la extensión, comprometiendo volcar su saber a la sociedad. Julio Antonio Mella, el gran emergente del movimiento estudiantil, enfatiza además que la Reforma buscaba “la depuración del profesorado, a fin de que sea apto moralmente y capaz para los empeños pedagógicos”.²

Pero, en Cuba, el movimiento tuvo sus particularidades. Desde el principio, adoptó un perfil radicalizado. Esto se puede explicar por la tardía e imperfecta independencia cubana. Existía en la isla, de manera más dramática que en los otros países a los que llegó el movimiento estudiantil, una conciencia de que la revolución de independencia estaba incompleta y que debía reavivarse para lograr la emancipación nacional. Por supuesto, al igual que en la Argentina, se comprendía que se estaba dando un proceso de sustitución de una metrópoli por otra; pero en la Cuba de la Enmienda Platt, éste era un dato mucho más concreto, porque en lugar del paso de la tutela inglesa al predominio norteamericano se transitaba el camino amargo de la metrópoli española a la sujeción constitucional, y no sólo comercial, de los Estados Unidos. Si, como en otros países, el reformismo buscó erradicar las oligarquías universitarias, en la Universidad de La Habana el movimiento tuvo tintes dramáticos, porque la aceptación de los principios de la Reforma Universitaria argentina del 18 estaba a un paso del antiimperialismo y la revolución.

Podemos resaltar dos datos clave en este sentido. El primero es uno de los antecedentes inmediatos del manifiesto del Primer Congreso de 1923. En 1921, las autoridades universitarias propusieron nombrar a Enoch Crowder como doctor *honoris causa*. Como recuerdan Cuevas y Olivier, el título se justificaba en que Crowder había sido delegado por el presidente norteamericano para la confección del código para las elecciones presidenciales de ese año. Los estudiantes se manifestaron en contra de esta decisión. Aparte de que afectaba notoriamente el sentimiento nacional, se sospechaba que Crowder integraba el Ku Klux Klan (Cuevas/Olivier 2006: 109).

Otro dato de la rápida superposición de reformismo y antiimperialismo se encuentra en el diagnóstico sobre la situación de la universidad. En Córdoba, los planes de estudio estaban envejecidos y los profesores no siempre honraban su cargo con el conocimiento adecuado. Observan Ciria y Sanguinetti: “Desde su fundación, en 1613, o acaso desde las reformas del deán Funes, la Universidad de Córdoba permanecía prácticamente inmutable y teñida de clericalismo; ni siquiera el liberalismo juarista pudo alterar esa situación” (1983: 23). Por otra parte, los cargos universitarios se encontraban inmovilizados. Aunque más dramática, en Cuba se asiste a una situación parecida. De acuerdo con

² Mella vierte esta opinión en “Hablando con Julio Antonio Mella sobre la Revolución Universitaria”, de Arturo Roselló, texto publicado originalmente en *Carteles*, el 23 de noviembre de 1924. Al igual que el resto de los textos de Mella, cito por la edición de Eduardo Castañeda (Mella 1975; aquí p. 134).

Mella, entre los docentes había “incapacitados física y mentalmente para ninguna labor educativa”; otros eran “incapacitados en el orden moral, por especular con sus cátedras, por tarifar las notas y por vender las calificaciones con cinismo”; y había docentes que “poseían academias particulares, estableciendo la necesidad de que cada estudiante fuera a ellas, a fin de no sufrir injustas calificaciones en los exámenes” (1975: 134). Ahora bien, si el sistema universitario propiciaba una desidia del saber y aun un sistema corrupto, en Cuba esta situación significaba a la vez una seria lesión para los intereses nacionales. Como señala el mismo Mella, la electricidad es de vital importancia para los ingenios; sin embargo, como el sistema universitario se encuentra en total decadencia, todo el personal técnico es extranjero. Esta situación, como comprobó Hatzky (2003), lo lleva a Mella a concluir que la “progresiva absorción del capitalismo norteamericano en nuestro suelo [...] es resultante de la impericia, de la desatención que se presta por nuestros directores a los problemas educativos” (1975: 135).

Esta superposición de Reforma y antiimperialismo explica que la línea más clara del movimiento estudiantil girara hacia la radicalización. Mella es un claro representante en este sentido. Su camino biográfico, desde el reformismo al marxismo, desde la lucha estudiantil a su asesinato en el exilio mexicano, lo demuestra con suficiente claridad. Incluso en sus primeros textos se registra esta conciencia de que la realización de la Reforma significa una transformación del país y a la vez, o por eso mismo, un desafío al predominio norteamericano. Así, el movimiento estudiantil se inscribe en la tradición revolucionaria cubana. En “Todo tiempo futuro tiene que ser mejor” Mella ratifica el sentido mesiánico de ese título al señalar que “la historia espera nuevos Mirabeau, nuevos Danton, nuevos Martí, nuevos Bolívar, que realicen nuevos ideales ya pensados y resueltos en las conciencias humanas por los precursores de la nueva era” (1975: 78). Para Mella, esos héroes se encuentran en “la juventud universitaria de nuestra América”. Otro tanto se puede ver en “Víctor Raúl Haya de la Torre”. En ese texto, Mella toma como ejemplo a Haya de la Torre, presidente honorario del Primer Congreso Nacional de Estudiantes de La Habana, y proclama: “Que como él existan muchos en todos los países de la América, es el más caro anhelo de los libertadores que no han visto terminada su obra” (1975: 77). Y esta concepción lo lleva a publicar un artículo irónico sobre el interés que despiertan entre los cubanos las elecciones presidenciales en los Estados Unidos (“nuestra Metrópoli”, según señala) y, en “Glosas al pensamiento de José Martí” (1926), a proyectar un libro sobre el héroe de la Revolución, en el cual se haga “un análisis de los principios generales revolucionarios de Martí, a la luz de los hechos de hoy” (1975: 269).

Y sin embargo, esta perspectiva coexiste con lineamientos mucho más moderados. Como resalta Halperín Donghi (2000), en ese centro de la Reforma Universitaria que constituye la Argentina, el giro revolucionario no era incompatible con el ideario estilizado del *Ariel* (1900) de Rodó. En 1923, Julio V. González “iba a buscar para la reforma claves que no podían ser más contemporáneas: ella era hija de la guerra europea, la Revolución rusa y el advenimiento del radicalismo al poder” (Halperín Donghi 2000: 107). Pero, un año antes, el ex presidente de la Federación Universitaria Argentina explica desde las páginas de la *Revista de Filosofía* que los estudiantes del 18 “respondían a la invocación del maestro Rodó, que desde su *Ariel* les decía: ‘Toca al espíritu juvenil la iniciativa audaz, la genialidad innovadora’” (González 1999: 175).

La importancia de Rodó en el ideario reformista es incuestionable. Asimismo, es importante señalar que esa influencia revela una coexistencia, como subraya Halperín

Donghi, de lineamientos contradictorios. Por cierto, esta situación no carece de explicaciones. En *Ariel*, Rodó proclama la importancia de la juventud en la cultura, defiende la integridad del hombre y critica el utilitarismo. Asimismo, publicado tras la guerra hispano-norteamericana, establece una oposición entre las dos Américas. Señala que Estados Unidos, a pesar del gran logro de la democracia, se ha dejado ganar por el espíritu utilitario. Por el contrario, la América hispana es heredera de las tradiciones católicas, griegas y latinas. Por otra parte, en su ensayo, todos estos valores se integran con una destacable armonía. Rodó señala que el cristianismo primitivo y la Grecia clásica son manifestaciones de lo juvenil. El hombre aparece espiritualmente íntegro, y esa integridad se traslada a las todavía nacientes naciones hispanoamericanas. Si a esto sumamos su crítica al positivismo, la influencia que Rodó ejerció sobre los reformistas resulta evidente. Pero es necesario decir también que, a medida que el movimiento adquiere perfiles más radicales, abandona esa fuente de la que había partido, dibujándose así dos tendencias dentro del paisaje cultural. Por otra parte, no debe olvidarse que en Rodó el americanismo se fundamenta en una reivindicación de la tradición española.

Esas dos caras están presentes en la universidad cubana. El manifiesto del Primer Congreso señala que el estudiante “tiene el deber de divulgar sus conocimientos entre la sociedad, principalmente entre el proletariado manual, por ser éste el elemento más afín del proletariado intelectual” (Cúneo 1978: 56). En principio, esa exigencia es incompatible con la idea de una élite intelectual en el marco de la democracia, a la que prestaba sus votos Rodó. Sin embargo, las concepciones del ensayista uruguayo están presentes unas líneas más abajo, cuando el manifiesto señala que la enseñanza es “el más sagrado de los sacerdocios” y el estudiante tiene “el deber de permanecer siempre puro, por la dignidad de su misión social, sacrificándolo todo en aras de la verdad moral e intelectual” (Cúneo 1978: 56).

Otro tanto se puede decir de la trayectoria de Mella. Como vimos, incluso en sus primeros textos el dirigente comprende que la Reforma debe adquirir un perfil radicalizado. Sin embargo, en esos mismos trabajos asoman las ideas y aun el nombre de Rodó. En el ya citado artículo sobre Haya de la Torre, Mella lo coloca, ya lo vimos, como un continuador de los héroes de la independencia. Para identificarlo de esta forma, se basa en Rodó: “Es el arquetipo de la juventud latinoamericana, es un sueño de Rodó hecho realidad, es Ariel” (Mella 1975: 76). En 1925, el mismo año en el que participa de la fundación del Partido Comunista, Mella publica un ensayo sobre el escritor argentino Luis Franco. Su lectura está impregnada del helenismo de *Ariel*: “Para comprender a esta poesía hay que traer corazón de hombre libre en torso de hombre fuerte, como quería Rodó hay que haber gozado rememorando las grandes fiestas del espíritu y del cuerpo de los helenos en sus Juegos Olímpicos Píticos y Nemeos” (1975: 185).

Por otra parte, el hispanismo y la crítica al positivismo contaban por entonces con otra referencia, alejada de la radicalización: José Ortega y Gasset. Sin duda, el filósofo español siempre se mostró reacio a las reivindicaciones populares. Sin embargo, diseñó un aparato teórico útil para superar el positivismo y comprender las tareas que se asignaba la juventud. Ya desde *Meditaciones del Quijote* (1914) había planteado la tesis de que el hombre es también su circunstancia, proponiendo con esto una superación de las abstracciones, en tanto el pensamiento se hacía desde unas condiciones materiales y espirituales, desde una vida concreta, en un país, en una cultura y en un tiempo en particular. Postulaba, así, una razón vital. Por otra parte, en *El tema de nuestro tiempo* (1923) anali-

zó el problema de las generaciones, cuyas ideas son de una indudable utilidad para comprender el lugar que desde fines del siglo XIX se le estaba asignando a la juventud. Según el ensayo, toda generación posee una sensibilidad vital, lo que significa que posee también una misión histórica determinada. Por consiguiente, para Ortega existen generaciones acumulativas, que se identifican con los valores de las que las preceden inmediatamente, y generaciones polémicas, que rompen con el pasado. Las primeras constituyen “tiempos de viejos” y las segundas “épocas de jóvenes”. ¿Hasta qué punto estas ideas influyeron en el clima de la Reforma? Tzvi Medin repone una anécdota. En Cuba, ante los estudiantes reunidos en 1923, Haya de la Torre recuerda la tajante frase de González Prada: “Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra”. Como observa Medin, “[I]a cita es de un peruano, la legitimación teórica de Ortega” (1994: 54).

En definitiva, en la Reforma coexistió una perspectiva radicalizada con otro tipo de formulaciones, hispanistas, espiritualistas, reacias a la política inmediata. Ambas líneas conforman lo que podríamos llamar el paisaje cultural de la universidad. Lezama Lima hizo sus elecciones sobre el trasfondo de ese ambiente. Éstas no apuntaron a la línea revolucionaria. Por el contrario, Lezama retomó la perspectiva espiritual, alejándose de las protestas callejeras de la política concreta. En esto *Verbum* fue central.

3. Por una política del espíritu

Los tempranos años universitarios de Lezama Lima son inseparables del clima político generado tras la Reforma Universitaria. Como ya se dijo, ingresó a la facultad en 1929. La imagen que nos queda de esa etapa es la de un estudiante que estaba al borde del activismo político. En 1959 recuerda haber participado en la protesta contra Machado del 30 de septiembre de 1930 (Lezama Lima 1981a). Por otra parte, de acuerdo con lo que dijo en una entrevista de 1970, desde los catorce años se había interesado por la Reforma Universitaria de Argentina y México (Lezama Lima 1986: 376). Otros testimonios parecen confirmar que, en efecto, durante su etapa universitaria estuvo cerca de la militancia estudiantil. José Antonio Portuondo, compañero del joven Lezama, destaca su temprana admiración por Mella. Muchos años después, en *Paradiso*, le haría un gran retrato. Pero ya durante su época de estudiante le rindió un sentido homenaje. Portuondo recuerda lo siguiente:

Por aquellos años, Lezama estaba en el grupo de los estudiantes más politizados. Me acuerdo que en una oportunidad en que se repudió a un profesor que daba una conferencia en la Asociación de Estudiantes de Derecho, fue él quien dio la orden para que todos los alumnos abandonásemos la sala. Después que se había hecho la presentación del conferencista y en presencia del rector, Lezama se puso de pie y gritó: “¿Cómo puedo quedarme a escuchar al hombre que dio un baile en su casa el mismo día de la muerte de Mella?” Esto sirvió de señal para que todos los estudiantes nos levantáramos y abandonásemos el local (1986: 18-19).

Pero cuando Lezama volvió a la universidad, se alejó de la política inmediata. Por ese entonces rechazó la propuesta de Eduardo Depuy, su compañero de colegio y facultad, para afiliarse al Partido Auténtico. Le reprochó incluso que se dedicara a la “politiquería” (Depuy 1986: 25). El libro de poemas inédito *Inicio y escape*, fechado entre 1927 y 1932, es igual de revelador. En el manuscrito Lezama olvida el asesinato de

Mella, producido en México en 1929, para dedicarse a la esencia poética de lo cubano.³ Todo un tema que lo alejaba de la realidad inmediata, pero que pocos años después lo llevaría a definir una instancia política de otro orden: “una Teleología insular”, como le diría a Cintio Vitier en una carta de enero de 1939, es decir, nada menos que la creación de una cultura cubana, en tiempos en los cuales, según opinaría desde entonces, la participación en la política era una pérdida de tiempo y, más grave aún, una inmoralidad (Vitier 1984: 277-279).

Verbum es un excelente signo de los cambios que se operaron en Lezama Lima. La revista buscó superar las luchas estudiantiles. Por supuesto, esto significa que dejó de lado el ejemplo de Mella. Pero aun cuando buscó plantear un tiempo nuevo dentro de la universidad, no pudo hacerlo sino mediante un posicionamiento respecto de la militancia inmediata y a través de una selección de las tradiciones que estaban instaladas en el paisaje institucional. La nota de presentación, sin firma, aunque redactada inequívocamente por Lezama Lima, lo pone notoriamente en claro. El flamante secretario de Redacción habla en ese texto de la dolorosa falta de expresión e identidad de la universidad. Pero las causas ya no las encuentra, como lo hizo el reformismo, en la oligarquía docente, sino en las clausuras dictatoriales y los optimismos poco profundos de la lucha política estudiantil, dos aspectos a los que alude al enjuiciar lo que llama las “ociosas vacaciones” y los “entusiasmos superficiales”. Escribe Lezama en la presentación, con ideas que recuerdan más a Rodó que a la radicalización de Mella:

No hay duda alguna que nuestra Universidad en su fase actual, –consecuencia de etapas sucesivas de ociosas vacaciones y de entusiasmos superficiales– atraviesa el momento subrayable en que el dolor de no haber sabido articular su expresión, empieza a recorrerla. Es ya un claro signo. Quisiera la revista “VERBUM”, ir despertando la alegría de las posibilidades de esa expresión, ir con silencio y continuidad necesarias reuniendo los sumandos afirmativos para esa articulación que ya nos va siendo imprescindible, que ya es hora de ir rindiendo. La Universidad ha sido hasta ahora un mero eco de las equivocaciones radicales que dentro del *demos* suelen presentarse en forma de llamadas contradictorias y de antinomias irresolubles lo que aparece claro y cernido trasladado a las esencias del ser. Estamos urgidos de una síntesis, responsable y alegre, en la que podamos penetrar asidos a la dignidad de la palabra y a las exigencias de recalcar un propio perfil, un estilo y una técnica de civilidad. La función y la búsqueda de ese estilo, consistirán en el necesario aislamiento y rescate de aquellas fuerzas de sensibilidad y de fervor que puedan pasar a esa síntesis, dignidad rectora del ser que desplaza forzosamente el símbolo de la nueva ciudad dignificada (*Verbum* 2001: 1, 61).⁴

Si bien este texto es el resultado de un diagnóstico más profundo que se despliega en el interior de la revista, de antemano demuestra que *Verbum* se corrió de la política inmediata para buscar una síntesis con la que superar los clivajes que hasta entonces habían segmentado la realidad universitaria y cubana en general. Esta voluntad de síntesis, que va a continuar a lo largo de los proyectos editoriales de Lezama, se advierte a golpe de

³ En igual sentido, en ese poemario también olvida el asesinato del líder estudiantil Rafael Trejo, herido de bala por la policía el 20 de septiembre de 1930, durante las protestas contra la dictadura de Gerardo Machado. Sin embargo, Lezama lo recordará sentidamente en “Lectura”, texto de 1959 en el que celebra la recién triunfante Revolución.

⁴ Los artículos de *Verbum* se citan por la edición facsimilar (2001), señalando número y página.

vista en sus características formales. Impresa, como el resto de los proyectos editoriales de Lezama, por la casa Úcar, García y Cía, *Verbum* ya tiene la fisonomía de *Espuela de plata*, *Nadie parecía* y *Orígenes*. Posee un tamaño mediano, de 23,3 x 15,3, formato que también va a mantener en sus revistas posteriores, con la excepción de *Nadie parecía*, que aumenta a las dimensiones de un cuaderno. La portada y la tipografía son sobrias. El nombre está en cuerpo mayor y, junto con las letras de “Sumario”, se imprime en un color que varía en sus tres números (marrón, azul y verde). Nada recuerda los juegos de imprenta de la vanguardia que, a través de cosas tales como las variaciones tipográficas o el uso no convencional del espacio, buscaban desautomatizar al lector. *Verbum*, no en vano su nombre procede del latín, retorna a los diseños tradicionales, equilibrados, a una tipografía cuyo propósito es ocupar el espacio con márgenes nítidos, distribuyendo el texto con pulcritud. El dibujo que ilustra la portada, llamativamente borrado en el último número, refuerza esta impresión. Se ve allí una rosa de los vientos, elaborada con la cruz de los cuatro puntos cardinales. En los intermedios se encuentran un ojo, una boca, una oreja y una mano, que proviene del suroeste y domina el centro del dibujo. La mano parece a punto de ajustar una aguja o un compás de navegación, levemente inclinado en dirección noreste-suroeste, como si tratara de alinear la dirección exacta de norte-sur. El emblema de la revista, a tono con la tipografía, parece mostrar una voluntad de enderezar el rumbo, de retornar a los parámetros clásicos de la cultura, propósito que, entre otros, había fijado como horizonte Rodó. Lo mismo puede decirse del contenido de las contribuciones. *Verbum* rechazó las guerras generacionales, estéticas o intelectuales, la búsqueda afanosa de lo nuevo contra lo viejo, tan a tono de las vanguardias y el reformismo, para retornar al problema básico de definir una cultura nacional.

Este desplazamiento de la radicalización política se advierte en las pocas notas que la revista dedica a la situación universitaria. En lugar de un llamado a la lucha, los colaboradores promueven esa forma de la moderación que se llama la “responsabilidad institucional”. Por ejemplo, en la reseña de *Curso de legislación hipotecaria*, extraña nota para una revista de Derecho que había elegido hablar de todo menos de Derecho, su autor, Víctor Amat, repudia a los profesores alegremente irresponsables respecto del saber, esa felicidad en la ignorancia tan arraigada todavía en la universidad de entonces, que su comentado Manuel Dorta Duque vino por suerte a romper con su manual sobre las hipotecas:

No es verdad nueva —comenta Amat— la de que entre nosotros el taquígrafo ha sustituido al Profesor. Cada año va siendo mayor el vacío en las aulas universitarias. El estudiante sólo acude a la Universidad a las dos únicas cosas útiles a que puede hacerlo; jugar al dominó en las Asociaciones estudiantiles o comprar Conferencias de clase. Hasta qué punto es irresponsable su actitud es problema que precisa dilucidar. Sobre todo si tenemos presente que ella nace de la irresponsabilidad catedrática que se ha contentado con repetir cada año los mismos conceptos envejecidos de los cursos anteriores (*Verbum* 2001: 3, 195).

El mismo diagnóstico hacían los estudiantes organizados por Mella. Poco queda, sin embargo, de la evaluación mucho más compleja de la pertenencia o la solidaridad de esos profesores al imperialismo y las oligarquías habaneras. Y se han esfumado las consecuencias políticas que aquellos reformistas sacaban de esa lamentable desidia del saber. Amat no concluye de esto que el estudiante debe pasar a la acción, sino que lo disculpa de que en sus asociaciones se dedique al dominó.

Otro tanto se puede ver en las pocas opiniones de Lezama sobre la universidad. El escritor asume un tono ético pero moderado, que se puede apreciar en “Oposiciones y opositores”, una nota sin firma, inequívocamente escrita por él, aparecida en el número 3. En ese texto, mediante el cual *Verbum* protesta contra la forma en la que se elegían los profesores, Lezama le da otro rol al estudiante que el del mero jugador de dominó. Para él los alumnos tienen la responsabilidad de vigilar la transparencia de los concursos. A ellos habla en la nota y en ellos instala el deber nacido de la Reforma:

Todas las cátedras deberán ser convocadas a oposición y el alumnado vigilará atento a cualquier escalamiento o piratería, sino se quiere que haya una equivalencia ética entre el profesorado incompetente y el estudiantado sin inquietud. Que por ahora no será, pues el estudiantado estará ávido de responsabilizarse con una postura digna, que será siempre justa medidora de calidad, que podrá también ser heroica sin altanería, valiente y oportuna sin imposiciones ni simpatías superficiales o voluntariosas (*Verbum* 2001: 3, 244).

Esta moderación de los ideales reformistas le da la vuelta de página al activismo político. Acompaña esta decisión un vínculo particular con la constelación de ideas que se había conformado en la universidad. En lugar de orientarse hacia la radicalización de Mella, Lezama se vincula con el legado espiritualista, de extracción cristiana e hispanista, representado por la perspectiva de Rodó. Pero Lezama no afirmó estos ideales a través de una lectura del ensayista uruguayo, sino mediante la exaltación de la figura de Juan Ramón Jiménez, quien llegó a Cuba en 1936, prolongando su estadía hasta 1939. Como recuerda Carlos Real de Azúa, el poeta español admiraba a Rodó (1985: 22). Por otra parte, ante los escritores reunidos en la revista, Juan Ramón se presentaba como un verdadero “Maestro de Juventud”, según el tópico inaugurado por el autor del *Ariel*. Como dijo Lezama en 1969, el poeta español vino en efecto a ocupar el lugar que las muertes de Martí y Casal habían dejado vacío:

Nuestra generación que no pudo oír en la emigración del verbo, la encarnación del idioma en Martí, ni caminar por La Habana Vieja con Julián del Casal, podía ver en Juan Ramón Jiménez una dignidad irreprochable en una palabra que rezumaba una gran tradición penetrando en el porvenir. Bienaventurado el que tuvo maestro, dice el Libro, bienaventurado el que conoció a un poeta, pues vio de cerca la sabiduría de las palabras, del gesto, y del silencio (1981b: 67).

Durante su estadía, Juan Ramón dirigió un “Festival de la poesía cubana”, que se realizó en 1937 bajo los auspicios de la Institución Hispanocubana de Cultura, y, tras una selección de los poemas de los escritores que participaron en el evento, preparó la famosa antología *La poesía cubana en 1936*. En ambos casos, Lezama colaboró con ocho textos, a los que volveremos después. Asimismo, Juan Ramón tuvo una importante presencia en cada uno de los tres únicos números de *Verbum*. En el primero y en el segundo aparecen los textos “Brazo español” y “Límite del progreso” y, en el tercero, Lezama le dedica “Gracia eficaz de Juan Ramón y su visita a nuestra poesía”, un ensayo, mitad homenaje y mitad reseña de *La poesía cubana en 1936*.

En todas estas intervenciones, inscriptas en la senda de Rodó, Juan Ramón defiende el espiritualismo, rechaza la cultura norteamericana y privilegia el tronco español. En este sentido, con el peso y el prestigio que tenía, legitimó la política del espíritu que

habían proyectado Lezama Lima y los colaboradores de *Verbum*. Un ejemplo es “Límite del progreso”, una serie de notas de su primer viaje por los Estados Unidos. Escribe sobre Nueva York, valorando en contraste las ciudades medidas, un tópico que será central para la celebración que más tarde Lezama hará de La Habana:

Porque la ciudad del progreso tenía que ser necesariamente última cárcel, la cárcel laberíntica del hombre extraviado por los salientes, los picos del ingenio: el mal ruido, el mal olor, el mal sabor, la mala vista, el mal toque.

Máquina prisionera sin proporción, de sentidos sucios, enmedio de una máquina monstruosa de choques de la desproporción, el hombre ha acabado por llegar a su triste contrario complemento en lo exterior estéril cada vez más desproporcionado (*Verbum* 2001: 2, 137).

Como sucede con las apreciaciones sobre la vida universitaria, esta crítica a la sociedad norteamericana, junto con la consiguiente reivindicación de la cultura hispánica, no llevaba a los escritores de *Verbum* a retomar la política radicalizada de Mella. En realidad, las palabras de Juan Ramón se inscriben en la tradición de Rodó y su reivindicación de las fuentes cristianas y espirituales de la cultura. Otro tanto se desprende de “Gracia eficaz de Juan Ramón y su visita a nuestra poesía”. Por cierto, en ese ensayo Lezama no examina el núcleo ideológico del poeta ni esclarece las lecciones que su obra aporta para las decisiones concretas de los estudiantes cubanos. Esto se debe a que el texto se propone destacar el camino que Juan Ramón ha trazado para los jóvenes escritores. Pero, aparte de que este giro hacia la poesía es representativo de la incompatibilidad que *Verbum* encuentra entre el campo estético y la política inmediata, en el ensayo Lezama sostiene que la perfección literaria de Juan Ramón se encuentra en que se inscribe en lo mejor de lo español y lo cristiano.

En ese texto, que por otra parte constituye un modelo de los grandes ensayos de su madurez, Lezama comienza oponiendo las concepciones poéticas de Paul Valéry y Rainer Maria Rilke. Del primero destaca la búsqueda de una conciencia absoluta sobre el lenguaje; del segundo, la búsqueda de verdades sólidas. Pero los dos escritores revelan una poesía fracturada. El resto de inconsciencia que tiene Valéry y la angustia de Rilke por la imposibilidad de lograr una certeza reflejan, para Lezama, que ambos escriben “una melodía, que se extingue en la muerte, como un carbón que va cediendo ante la invasión de las aguas nocturnas, permitiéndose existir en la despedida de sus puntos sucesivos” (*Verbum* 2001: 3, 260). Entonces, ante la disyuntiva que plantea esta poesía agónica, Lezama instala la única síntesis posible en la poesía de Juan Ramón. Esa síntesis obedece a que recupera el espiritualismo de la gracia cristiana:

Habíamos huido de las seguridades elementales y necesarias de los ojos, nos fijamos en el acto naciente y en la redención por la gracia, porque quizás la tragedia del lenguaje y la angustia de la culpa fuesen formas del conocer con los ojos. Y aquí podemos encajar la claridad y dulce luz y la gracia en vagos ángeles, esperada claridad hasta el sueño y la luz, leve humedad de ámbito refractado, de Juan Ramón Jiménez, de la otra claridad desesperada, tiznada por la culpa. Porque esta poesía que cuenta entre lo suyo una invocación al mar del sur en abril, cierra su círculo órfico pidiéndole a la inteligencia el nombre exacto de las cosas (*Verbum* 2001: 3, 260).

Para Lezama, Juan Ramón está en la gracia (se reconoce hijo de Dios) porque, frente a Rilke y Valéry, el poeta logra revelar la plenitud esencial y religiosa de las cosas. Por inter-

medio de este modelo, la revista *Verbum* se posicionó en el clima universitario y seleccionó el espiritualismo cristiano, el hispanismo y el compromiso con la belleza, una de las claves para la formación de la juventud y del hombre íntegro que había propuesto Rodó.

Pero, si el punto de partida se encuentra en Rodó, Juan Ramón Jiménez y, hasta cierto punto, en Ortega y Gasset, Lezama y la revista *Verbum* se comportaron de manera creativa. En este sentido, y sobre la base de estos antecedentes, desarrollaron un pensamiento original sobre la cultura. A esto nos referiremos a continuación.

4. El lugar de los intelectuales

El pensamiento de *Verbum* está claramente definido en lo que respecta al lugar que le asigna a los artistas y los intelectuales. Este aspecto puede comprenderse al reponer dos respuestas que surgieron en la Europa de las primeras décadas del siglo XX. Éstas pertenecen a José Ortega y Gasset y Antonio Gramsci. Tanto Lezama Lima como sus colaboradores únicamente conocieron al primero. Pero es útil destacar las semejanzas y las diferencias con las que Ortega y Gramsci comprenden el lugar de los intelectuales para entender el espacio que les otorgó *Verbum*.

De acuerdo con Remedios Mataix (2001), Ortega y Gasset tuvo una influencia muy importante en Lezama Lima. Si bien cabe relativizar esta afirmación —en general, el escritor no adoptó los conceptos de Ortega ni tampoco le dedicó un solo ensayo—, al escritor evidentemente le debe haber causado una gran impresión *España invertida* (1921). La tesis de este ensayo se puede ilustrar contrastándola con las de Gramsci. Ambos parten de una premisa cercana. Para Ortega, toda sociedad está compuesta por una masa, el conjunto de los habitantes que quieren ser conducidos, y una minoría selecta, cuya función es la conducción del país: “Tal vez no haya cosa que califique más certeramente a un pueblo y a cada época de su historia como el estado de las relaciones entre la masa y la minoría directora” (Ortega y Gasset 1957: 90). En principio, una tesis como ésta podría acercarse a los vínculos entre los obreros y la vanguardia que establece la tradición marxista, muy particularmente Gramsci, tanto sea en el proceso de concientización, conformado en una dialéctica entre la dirigencia y la masa, como en las relaciones entre el jefe y el proletariado. En un breve artículo, llamado precisamente “Jefe” (1924), dedicado a oponer las figuras de Lenin y Mussolini, hay un planteo que podemos acercar al de Ortega: “Todo Estado es una dictadura. Ningún Estado puede carecer de un Gobierno constituido por un reducido número de hombres que se organizan a su vez alrededor de uno dotado de más capacidad y de mayor clarividencia” (Gramsci 2004: 149-150).

Es curioso que premisas tan semejantes puedan conducir a conclusiones tan opuestas. Ortega y Gramsci ilustran lo que es ir a derecha y a izquierda, si es que se puede hablar de este modo. El diagnóstico de la estructura social le sirve al filósofo español para caracterizar la decadencia de las sociedades. Ésta se da, no por culpa de la clase dirigente, sino porque la masa cae en la irresponsabilidad de dejar de obedecer: “En las horas decadentes, cuando una nación se desmorona, víctima del particularismo, las masas no quieren ser masas, cada miembro de ellas se cree personalidad directora, y revolviéndose contra todo lo que sobresale, descarga sobre él su odio” (Ortega y Gasset 1957: 92). España está invertida porque las masas se niegan a obedecer a las minorías.

as selectas. Opuesta es la conclusión de Gramsci. Si bien no toca el momento anárquico al que se refiere Ortega, su planteo es que los jefes heredados del siglo XIX ya no pueden gobernar a las masas porque las masas están buscando otro tipo de dirección. La responsabilidad se encuentra en su caso en la minoría selecta y asimismo en el hecho de que los obreros abandonan la masa para constituirse en clase, conformando su propia dirigencia y sus propios intelectuales.

Lezama Lima no se colocó en ninguno de estos dos extremos. Como vimos, rechazó la inflexión marxista de la Reforma Universitaria. Por otra parte, en su ensayo sobre Juan Ramón sentenció severamente ese enfoque en lo que respecta a la literatura: “Abierto un debate sobre la poesía no ha de faltar nunca el tonto que nos afirma jubilosamente que la vida está condicionada por factores económicos” (*Verbum* 2001: 3, 263). Pero esto no significa que hubiera hecho tuyas las tesis de Ortega. Por supuesto, está claro que Lezama compartió la idea de que las naciones podían estar políticamente invertebradas, porque ése era el caso de Cuba, con gobiernos que, según solía juzgar, habían hecho todo menos ser una expresión de los intereses del pueblo. Pero la nota de presentación de *Verbum* lo alejó del elitismo de *España invertebrada*. Según su evaluación, la isla no estaba desintegrada por el anarquismo de los cubanos, sino por el fracaso de la clase dirigente en su conjunto, no sólo la que presidía el gobierno, sino incluso la que había comandado los destinos de la vida universitaria desde el sector estudiantil. En otros términos, no era culpa de la masa, sino de un Estado que nunca había logrado constituirse como su verdadera expresión.

En este sentido, Lezama no adoptó el elitismo de Ortega y Gasset. Más cerca de Gramsci, aunque sin compartir el materialismo marxista, el escritor entiende que el Estado debe ser una consecuencia o una expresión del pueblo. En el primer texto de “Sucesiva o las coordenadas habaneras”, una serie de notas que publicó en el *Diario de la Marina* entre 1949 y 1950, propone la siguiente utopía, a través de una imagen idílica de la Edad Media: “Así se forma el ideal de la vecinería, el orgullo de crecer en un barrio, que a su vez crece dentro de la ciudad, que a su vez tiene que manifestarse ya en forma universal” (1977b: 598). En igual sentido, con el triunfo de la Revolución, señaló que ésta había venido a consumir ese ideal: “Cuando el pueblo está habitado por una imagen viviente, el estado alcanza su figura” (1988: 399). Si bien estas ideas son posteriores, la vuelta a las expresiones espirituales de la cultura, a las que se abocó *Verbum*, van en la misma dirección. En este sentido, la revista de Lezama definió un lugar para los artistas y los intelectuales. Éste no es, como en Ortega, el de la dirección del pueblo; más humildemente, lo que *Verbum* propone es que debían ser aquellos que lograran diseñar una cultura y una conciencia nacional.

Así lo presentó, con rotunda claridad, Guy Pérez Cisneros. Hijo de funcionarios del servicio exterior cubano, Guy Pérez nació en París en 1915. De adolescente la familia volvió a La Habana, donde cursó estudios de Filosofía y Letras. Su vida se desenvolvería de ahí en más entre la crítica de arte y la carrera diplomática. Frente al estilo alusivo de Lezama, Guy Pérez desarrolló una prosa de una tenaz claridad. Sin embargo, sus trabajos fueron complementarios, y los textos de ambos conforman el núcleo ideológico de *Verbum*. Más aún, la enérgica sentencia de Guy Pérez puede entenderse como una traducción concreta de la escritura metafórica de Lezama, o bien el estilo de este último, como una poetización del férreo temperamento del crítico de arte. Cualquiera sea la elección, lo cierto es que entre ambos diseñaron un lugar para los intelectuales.

El aporte de Guy Pérez, en este sentido, es “Presencia de 8 pintores”, una conferencia que leyó en la Asociación de Estudiantes de Derecho el 2 de junio de 1937 y que apareció, el mismo año, en el primer número de *Verbum*. Escrito con firmeza, en ese ensayo el crítico reivindica la pintura actual y propone un canon plástico en el cual se encuentra representada “nuestra realidad espiritual” (*Verbum* 2001: 1, 117). Con tono violento, los reproches al presente son inequívocos: para Guy Pérez la época no ofrece argumentos o mitos potentes que defender o atacar, es un “vacío informe, irrespirable”, una atmósfera “gelatinosa y sin asperezas”, dominada por una prensa “mercantil y mercenaria, barrera infranqueable para todo principiante, servil instrumento de los gustos más morbosos y malsanos de nuestro pueblo” (119). ¿Se trata de un vacío político? Guy Pérez contesta que sí. Pero hace un análisis más profundo del problema. Si la política ha fracasado, esto se debe a que no tenía una base cultural:

Por lo tanto –concluye– antes que entregarnos al desempeño de papeles políticos que no nos corresponden y que no tienen base, tenemos que despertar una sensibilidad nacional de cultura [...] El deber ahora no está en la política, está en el estudio desinteresado y rudo, liberado de toda preocupación de exámenes; en la búsqueda del centro de gravedad de nuestra civilización y de nuestra economía; en el desarrollo de un orgullo patriótico, sano, potente, sincero y de una sensibilidad nacional (127).

En otras palabras, *Verbum* retoma el espiritualismo, da vuelta la página de la política inmediata y asigna un nuevo deber al intelectual y al artista: crear una tradición cultural como paso previo a todo posicionamiento futuro. Lezama Lima propuso un proyecto semejante con “El secreto de Garcilaso”, un ensayo que, leído el 2 de enero de 1937 ante la asociación Amigos de la Cultura Francesa, apareció también en el primer número de *Verbum*.

En principio, como lo adelanta su título, el escritor se aleja de lo contemporáneo y se concentra en una lectura del Siglo de Oro español. Asimismo, se ubica en el espacio hispánico de la literatura. Pero con esta vuelta al pasado establece una serie de ideas generales sobre la poesía y la cultura. En el ensayo, Lezama opone las maneras poéticas de Góngora y Garcilaso. Góngora sigue lo que Lezama llama un “orbe poético”. Esto significa que el escritor se ubica en un punto de vista y, mediante un fuerte acto de voluntad, transforma el mundo que tiene ante sus ojos. Garcilaso representa en cambio lo que denomina una “penetración ambiental”. Militar y poeta, Garcilaso busca ser una consecuencia de su época. Encarna el ideal cortesano de Castiglione y escribe porque se amolda al ambiente que anima el imperio de Carlos V. En Góngora hay un enfrentamiento entre el poeta y el mundo: con un lenguaje desgastado e incluido en una realidad en la que rechinan los ejes de la pasada confianza, al poeta únicamente le queda violentar las palabras para extraerles algo de jugo, al mismo tiempo que necesita transfigurar un mundo del cual no quiere o no puede formar parte. En Garcilaso, en cambio, existe una relación natural entre el hombre y su entorno cultural.

En principio, la penetración ambiental es un arte del paisaje. Pero en Lezama el paisajismo no funciona como representación de lo natural. Para precisar sus términos, compara las églogas de Garcilaso con los cuadros de Claudio de Lorena (1600-1682). En el pintor, pero lo mismo vale para el poeta, “[l]os árboles penetran admitidos por la estilización, el agua se presenta inamovible en su fatiga y la luz tímida más de reflejo que de mantenida proyección” (*Verbum* 2001: 1, 85). En este sentido, la penetración ambiental

consiste en transformar el paisaje en una imagen de cultura. Así, se trata de un “discurso sensible que va imponiendo a la extensión de la materia un sentido extensivo, imponiéndole a sus residuos espaciales la salvación por la atmósfera poética” (94). Pero la penetración ambiental es también una integración al conjunto de la cultura. Lezama lo expone a través de una extraordinaria descripción de la muerte de Garcilaso. Coloca al poeta frente a la torre de Muy, a punto de participar del asedio. Pero entonces Garcilaso oye los gritos de los heridos y se detiene. Escribe Lezama: “Es el primer momento del Narciso, evocado en los versos de Valéry: *Tu solo, mi cuerpo, mi querido cuerpo, te amo, único objeto que me defiendes de los muertos*” (92). Pero, mientras retrocede, ve el ojo de mármol del Emperador. Luego escucha palabras sobre la honra. Entonces embiste: “Es el otro momento destructivo de Narciso, finamente esbozado en el verso de Valéry: *Oh mi cuerpo, mi querido cuerpo, templo que me separas de mi divinidad*” (93). Garcilaso se vincula armónicamente con el ambiente imperial:

El poeta ha saltado graciosamente de la persona y del orgullo original a ser enrolado por un dogma, mantenido gratuitamente por una fe. Esa angeología política se llama imperio. Esa cortesanía renacentista, que reclamaba del cortesano, “que alcance cierta gracia en su gesto”, observad que pide gracia en lugar de estudiar el gesto, está en él integrando la persona contradictoria saturadora del arquetipo categorial (93).

Sin embargo, no siempre se puede dar esta conjunción armónica entre el poeta y su entorno. En la España del siglo XVII, para recuperar el ejemplo que propone Lezama, Góngora necesita reaccionar violentamente contra el mundo en el que se encuentra, tanto por la desestructuración de la armonía renacentista como por la necesidad de afirmar su verso sobre el trasfondo de una tradición y un lenguaje literarios ya por entonces consolidados. Y otro tanto se puede decir de los escritores europeos de principios del siglo XX. La época de vanguardias se funda en el afán de originalidad, en una necesidad de sobresalir respecto de una tradición heredada y en el contexto de un mundo que se desestructura bajo las bombas y las trincheras de la guerra.

Lezama no desconoce esta distancia entre el mundo renacentista y la contemporaneidad. Sin embargo, propone como modelo la penetración ambiental de Garcilaso. Esto se debe a que en Cuba, según el diagnóstico de Guy Pérez, lo que falta precisamente es una tradición. En otras palabras, en la Isla el problema no se encuentra en que el mundo cultural se ha agotado, sino más bien en que no está definido. Por esta razón, los escritores y los pintores tienen que crearlo, es decir, tienen el deber ético de orientar sus trabajos para lograr la formación de una cultura nacional. Para *Verbum*, cuyo antecedente es Rodó y una visión helenista que será perdurable en sus páginas, el lugar de los artistas y los intelectuales se define por la construcción de un ambiente que realice las posibilidades de lo cubano.

5. Ejemplos de la penetración ambiental

En los primeros años, Lezama definió como proyecto la formación de una cultura nacional. Pero las páginas anteriores parecen sugerir que aborda cuestiones exclusivamente eruditas. Todo lector de Lezama sabe que esto no es así. Con la penetración ambiental, el escritor también se preocupa por los pormenores de la vida cotidiana. Escribe en una de las notas de “Sucesiva o las coordenadas habaneras”:

Siente el artista su ciudad, su contorno, la historia de sus casas, sus chismes, las familias en sus uniones de sangre, sus emigraciones, los secretos que se inician, las leyendas que se van extinguiendo por el cansancio de sus fantasmas. Goethe fue el último europeo de gran estilo que extrajo sus fuerzas de la ciudad. Acostumbraba decir, “nosotros los patricios de Frankfort” (1977b: 622).

Luego de esta salvedad, podemos abordar, para finalizar, algunos ejemplos que nos permitan ilustrar la cuestión de la penetración ambiental. Las formulaciones más claras del proyecto se encuentran en los textos que Lezama publicó en *Verbum* (y en este sentido cabría hacer una lectura del extenso poema “Muerte de Narciso”), pero también en los trabajos que el escritor preparó bajo la órbita de Juan Ramón Jiménez. Uno de los más importantes, en este sentido, es el “Coloquio con Juan Ramón Jiménez”.

Como se sabe, el “Coloquio” es un texto en el cual Lezama transcribe libremente una charla que el poeta español mantuvo con él y un grupo de escritores cubanos en 1936. Pero en ese trabajo sólo están representadas las voces de ellos dos. El resultado es extraño. Por cierto, el diálogo tiene una extensa tradición, que se remonta a Platón. Pero en su texto Juan Ramón no oficia como un nuevo Sócrates, que utiliza a los otros para su mayéutica de la verdad. Lezama lo coloca en un plano de igualdad. Con esto, el texto a veces parece una danza y otras veces un duelo verbal. Las ideas fluyen y no acaban de definirse del todo. Por otra parte, Lezama y Juan Ramón aparecen como dialogantes casi ideales: no mantienen tercamente sus opiniones, sino que están completamente abiertos a lo que dice el otro, de manera tal que parece una meditación charlada.

Al principio del “Coloquio”, Lezama fija la insularidad como el tema principal. El escritor comienza preguntándole a Juan Ramón sobre las posibilidades de definir, en el marco de la poesía, una identidad cultural que sea específica de las islas y que por lo tanto se distinga de la de los países continentales. El español evita la respuesta, la desplaza, le comenta que no le parece que se pueda contestar algo así. Entonces es el propio Lezama el que ofrece los rasgos principales. Para esto, señala que una de las particularidades de los habitantes de las islas es el sentimiento de lontananza. Para alguien que vive en un continente, en un país extenso, la idea parece absurda. Al ver el mapa de una isla le surge la sensación contraria: todo está demasiado cerca, como si fuera un mundo diminuto. Pero Lezama no se refiere al interior, sino al sentimiento de lejanía que el isleño siente respecto del mundo exterior. Al estar rodeado de mar, el hombre de las islas tiene una experiencia constante de la infinitud. Con esto, Lezama distingue las culturas isleñas de las continentales: “Las islas plantean cuestiones referentes a las culturas de litoral. Interesa subrayar esto desde el punto de vista sensitivo, pues en una cultura de litoral interesará más el sentimiento de lontananza que el de paisaje propio” (Lezama Lima 1977a: 48). En el “Coloquio”, el rasgo básico de la cultura es este sentimiento de lontananza que tiene el cubano.

Para Lezama, esto significa que la cultura nacional no debe fundarse en la representación artística del interior, sino en el fortalecimiento de las relaciones con el exterior. Es decir, la base identitaria de los escritores se encuentra en el tratamiento particular que hacen de los temas universales. Lezama caracteriza ese trabajo a partir del término de “resaca”:

[...] la resaca, y desvinculándola ahora de su más estricta alusión, es quizás el primer elemento de sensibilidad insular que ofrecemos los cubanos dentro de nuestro sentimiento de lonta-

nanza. La resaca no es otra cosa que el aporte que las islas pueden dar a las corrientes marinas, mientras que los trabajos de incorporación se lastran en un bizantinismo cuyo límite está en producir en el litoral un falso espejismo de escamas podridas (50).

Con estas palabras, Lezama rechaza la incorporación acrítica de la cultura extranjera. Presenta una severa condena a la subordinación neocolonial. Pero no le opone a esa línea un nacionalismo ensimismado. En Cuba, ese posicionamiento se encuentra, para el escritor, en la literatura afrocubana de la época de las vanguardias. Lezama rechaza esa posibilidad de manera tajante: “Una expresión mestiza –comenta en el “Coloquio”– es un eclecticismo artístico que no podría existir jamás” (57). En lugar de esa “cultura turística”, propone que el eje debe ubicarse en la resaca. Con ese término se refiere al retroceso de las olas después de rebotar en la playa. En este sentido, lo que define la cultura de Cuba es que toma los temas universales, los transforma según su temperamento y los devuelve al mar.

Un ejemplo poético es “Playa de Marianao”. En ese texto, publicado en *La poesía cubana en 1936*, Lezama no habla ni del balneario ni de la ciudad cubana a la que se refiere el título. No hay una sola mención de las calles, los colores, la arena o la gente que habita o veranea en Marianao. Por el contrario, relata la muerte de Lysis, el personaje del diálogo homónimo de Platón. En el texto platónico, Sócrates se encuentra con Hipotales y Ctesipo y, como Hipotales ama a Lysis, entablan un diálogo sobre la amistad. Luego Sócrates decide hablar directamente con el amigo de Hipotales. El diálogo plantea dos cosas: en primer lugar, la curiosidad de Lysis, que se acerca al grupo de Sócrates atraído por la conversación; en segundo término, la imposibilidad de definir la amistad. El tema queda como un enigma irresoluble y a la vez como uno de los interrogantes más fecundos para poner en marcha la dialéctica.

Lezama, que pudo haber conocido a Lysis en un volumen que trajo alguna embarcación europea, devuelve el personaje al mar. Sitúa en el horizonte la “amistad creadora” y dice lo siguiente:

Una ola
Aleja la amistad creadora.
Lysis se sonríe
Dibujando letras
En los anillos que cuelgan de sus alas.
Lysis, luchando entre las olas,
Grita desesperado (1985: 664).

Lezama retoma la curiosidad y el misterio irresoluble de la amistad; pero completa el diálogo platónico dándole al personaje una muerte en su ley:

Lysis se alegra con las conchas
Frías del amanecer, y lo tapan las olas.
Entreabre los párpados
Dentro de la sonrisa,
Picado por el pez
Más fino del oído.
Entre arenas se estira,
No respira dormido (664).

El poema ilustra la idea de la penetración ambiental. Lezama coloca la literatura en el sentimiento de lontananza y el trabajo de la resaca. Lysis es un personaje platónico que el escritor reinterpreta para devolverlo a las corrientes universales. Este enclave de la literatura le permite, además, transformar el paisaje en cultura. Con una prístina simpleza, Lezama establece dos niveles metafóricos en este sentido. El primero es el sentimiento de lontananza. Lezama comprende la relación entre el personaje y el mar como la atracción que existe ante lo infinito o lo desconocido. En un segundo nivel, utiliza esto como una parábola para exponer el diálogo de Platón. En el poema, el mar no es un misterio cualquiera, sino el misterio de la amistad.

Para Lezama, el proyecto de la penetración ambiental se consigue a partir de esta semantización de los elementos del paisaje. Pero, como comprende que la cultura cubana se basa en el sentimiento de lontananza, la tierra no le despierta ningún interés y no elabora un trabajo sobre el interior. En cambio, y aunque en principio parezca extraño, el escritor señala que una isla se puede definir a partir del agua y el aire. Éste es el tema de “Nacimiento de La Habana”, también publicado en *La poesía cubana en 1936*. Se trata de un poema sobre los orígenes de la ciudad. Pero el nacimiento no se encuentra en sus habitantes ni en las calles, sino en el aire habanero. Junto con el mar, el aire es el gran elemento de la penetración ambiental. Así comienza, exclamativamente, el poema:

¡Qué aire!
Camino de las playas, el aire
Ciego.
¡Qué aire!
¡Pero mira qué aire!
Puñales, surtidores y tres llaves de oro
En el aire (1985: 662).

El poema es un mito de creación. La Habana nace de la invención del aire, del mismo modo que, según el *Génesis*, Dios crea el firmamento para separar las aguas inferiores, que daban origen a los océanos, de las aguas superiores, de donde provenía la lluvia. La Habana nace del aire que separa las aguas y crea las islas en medio del mar. Pero el aire es más que una cuestión atmosférica. Es el clima y el ambiente cultural:

Ahora sí que todos estamos comprometidos
Con el aire.
Mira qué aire y aire liso.
Aire de pedernal.
Aterido recuerdo en el aire sin frente (663).

En “Nacimiento de La Habana”, Lezama trabaja el aire y lo carga de recuerdo y de compromiso por parte de los habitantes de la ciudad. Así, lo transforma en un nexo para crear comunidad. Otro tema cercano al del aire es el clima. En una carta del 25 de agosto de 1946, Lezama le ruega a José Rodríguez Feo que vuelva de los Estados Unidos con un argumento significativo en este contexto:

A pesar de la conseja de tu madre ¡Ven ya! Hace seis meses que estás saltando detrás de los árboles, como si alguien te apuntara con una ametralladora de agua. Llega el ridículo frío

yankee, frío sin matices. Tú sabes que nuestro pequeño invierno es adorable y es necesario que lo estudies más de cerca (Rodríguez Feo 1998: 47).

Lezama retomó el tema en las entregas que le dedicó al otoño y al invierno en “Sucesiva o las coordinadas habaneras”. Indudablemente, el otoño y el invierno le interesaron como le puede interesar a cualquiera que habita el trópico. Pero alrededor del aire fresco hizo una celebración de las costumbres y las tradiciones de su ciudad. Es así que en muchas de las notas Lezama olvida las fiestas religiosas, las celebraciones patrióticas y las costumbres urbanas y se concentra en cuidadas descripciones invernales. Empieza en la mejor de ese grupo: “Los grises ahora son definitivos y alegres. Son los grises del invierno nuestro, deliciosos y divinos” (1977b: 611). Para Lezama, el invierno crea comunidad (es el invierno nuestro) y describirlo es uno de los grandes aportes de la literatura. Toda su memoria y su capacidad retórica se concentran alrededor de esa temporada. Es así que en un paseo por la playa recuerda el *Cementerio marino* de Valery y en otro invierte los argumentos para lograr esta sutileza: “Entre nosotros vamos adquiriendo, por ausencia de estaciones rasantes y totales, la costumbre de valorar nuestro invierno por las formas en que se esconde el verano” (654).

El invierno es una agitación cultural. Las aceleradas costumbres se detienen para disfrutar del plato caliente y los relatos de sobremesa. El habanero, escribe Lezama, “[v]olverá, impuesto por la frialdad de manos y piernas, a la época en que el relato de cómo se hacía un plato alternaba con el relato de aventuras, el relato de un antiguo sucedido legendario o las excursiones persas de Marco Polo” (613). Y mientras el aire fresco carga narrativamente el manjar cotidiano, transforma la paleta de los mejores pintores, que le añaden a sus cuadros “unos gránulos grises [y] un fino meditar sobre nubes de ausencias y olvidos” (615-616).

En el primer tramo de su obra, Lezama se concentra en esta metafísica del mar y del aire para establecer los pilares de la cultura cubana.

6. Conclusión

Breve resumen para concluir. En su época más temprana, Lezama se encontraba a un paso del activismo estudiantil. El futuro escritor admiraba la Reforma Universitaria y le rendía un homenaje al dirigente Julio Antonio Mella. Pero, cuando retorna a las aulas en 1936, rechaza ese proyecto de vida. Funda *Verbum* y conoce a Juan Ramón Jiménez. Por cierto, en la revista perduran algunas de las ideas del reformismo. Pero los colaboradores se inclinan por esa forma moderada que actualmente se llama “responsabilidad institucional” y retoman las perspectivas espiritualistas, de inflexión cristiana y española. Los ejemplos lejanos son Rodó y Ortega y Gasset. Pero Lezama y los colaboradores de la revista no los siguen de manera dogmática, sino que adoptan su propio maestro de juventud: Juan Ramón Jiménez. Estas elecciones están atravesadas por la decisión de abandonar la política inmediata para comprometerse con la conformación de una cultura nacional. Así, tanto Lezama como Guy Pérez Cisneros, los dos pilares ideológicos de *Verbum*, establecen que el lugar de los intelectuales se encuentra en la plasmación artística y literaria de lo que Raymond Williams (1997) llamaría las estructuras de sentimientos de los cubanos. En nombre de ese objetivo, el escritor acuña el concepto de penetración ambiental y lo convierte en uno de los ejes de su trabajo.

Luego de esta breve síntesis, volvamos al concepto de Díaz Quiñones. Los principios constituyen los comienzos de un texto, los fundamentos estéticos y morales de un escritor y las elecciones de sus primeros años. Los trabajos acá examinados responden a esos sentidos. En la nota de presentación de *Verbum*, así como también en “Nacimiento de La Habana”, Lezama apela a los estudiantes universitarios y a los cubanos en general. Habla de un nosotros y se propone plasmar ese colectivo a través de la elucidación literaria de lo que es vivir en la Isla. Al mismo tiempo, en el conjunto de sus trabajos iniciales, formula un proyecto moral. Lezama señala que la participación en la política es un error, una defraudación de lo colectivo, y por consiguiente se fija como tarea el esclarecimiento de la cultura nacional. En fin, en estos primeros años el escritor hace una serie de elecciones que determinan su camino posterior. En efecto, y si bien comprobarlo es algo que excede este trabajo, las ideas de la época de *Verbum* constituyen el núcleo básico que organiza su obra de madurez.

Bibliografía

- Areta Marigó, Gema (2003): “Prólogo”. En: *Espuela de plata* [edición facsimilar]. Sevilla: Renacimiento/Junta de Andalucía, pp. 17-48.
- Biagini, Hugo E. (2000): *La reforma universitaria. Antecedentes y consecuencias*. Buenos Aires: Leviatán.
- Boudet, Rosa Ileana (1986 [1970]): “Lanzar la flecha bien lejos” [entrevista con José Lezama Lima]. En: Espinosa, Carlos (ed.): *Cercanía de Lezama Lima*. La Habana: Letras Cubanas, pp. 374-381.
- Ciria, Alberto/Sanguinetti, Horacio (1983): *La Reforma Universitaria (1918-193)*. Vol. 1. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Cuevas, Yazmín/Olivier, Guadalupe (2006): “Julio Antonio Mella: de líder universitario a activista social”. En: Marsiske, Renate (coord.): *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*. Vol. III. México: Universidad Nacional Autónoma de México/Plaza y Valdés, pp. 105-140.
- Cúneo, Dardo (ed.) (1978): *La Reforma Universitaria*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Díaz Quiñones, Arcadio (2006): *Sobre los principios. Los intelectuales caribeños y la tradición*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- González, Julio V. (1999 [1922]): “La revolución universitaria de Córdoba en 1918”. En: *Revista de filosofía. Cultura – Ciencias – Educación, 1915-1929*. Prólogo y selección de textos por Luis Rossi. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, pp. 174-242.
- Gramsci, Antonio (2004): *Antología*. Selección, traducción y notas de Manuel Sacristán. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Halperín Donghi, Tulio (2000): *Vida y muerte de la república verdadera (1910-1930)*. Buenos Aires: Ariel.
- (2007 [1969]): *Historia contemporánea de América Latina*. Madrid: Alianza.
- Hatzky, Christine (2003): “‘Nosotros vamos por otro camino: somos revolucionarios...’. Julio Antonio Mella, el movimiento estudiantil cubano y los anti-imperialistas de los años veinte”. En: *Iberoamericana. América Latina - España - Portugal*, 12, pp. 187-193.
- Kanzepolsky, Adriana (2004): *Un dibujo del mundo. Extranjeros en Orígenes*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Lezama Lima, Eloísa (1979): “Mi hermano”. En: Lezama Lima, José: *Cartas (1939-1976)*, pp. 11-40.

- Lezama Lima, José (1977a [1937]): “Coloquio con Juan Ramón Jiménez”. En: Lezama Lima, José: *Obras Completas*. Vol. II. México: Aguilar, pp. 44-64.
- (1977b): “Sucesiva o las coordenadas habaneras”. En: Lezama Lima, José: *Obras Completas*. Vol. II. México: Aguilar, pp. 597-699.
- (1979): *Cartas (1939-1976)*. Introducción y edición de Eloísa Lezama Lima. Madrid: Orígenes.
- (1981a [1959]): “Lectura”. En: Lezama Lima, José: *Imagen y posibilidad*. La Habana: Letras Cubanas, pp. 94-111.
- (1981b [1969]): “Momento cubano de Juan Ramón Jiménez”. En: Lezama Lima, José: *Imagen y posibilidad*. La Habana: Letras Cubanas, pp. 66-71.
- (1985): *Poesía completa*. La Habana: Letras Cubanas.
- (1988 [1960]): “A partir de la poesía”. En: Lezama Lima, José: *Confluencias*. La Habana: Letras Cubanas, pp. 386-399.
- Mataix, Remedios (2001): *La escritura de lo posible. El sistema poético de Lezama Lima*. Lleida: Edicions de la Universitat de Lleida.
- Medin, Tzvi (1994): *Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Mella, Julio Antonio (1975): *Mella: documentos y artículos*. Recopilación: Eduardo Castañeda. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales/Instituto Cubano del Libro.
- Moreno Fragnals, Manuel (1986): “Unidad y lucha de contrarios en una relación entrañable”. En: Espinosa, Carlos (ed.): *Cercanía de Lezama Lima*. La Habana: Letras Cubanas, pp. 98-109.
- Ortega y Gasset, José (2005 [1914]): *Meditaciones del Quijote*. Madrid: Alianza.
- (1966 [1923]): *El tema de nuestro tiempo*. Madrid: Revista de Occidente.
- (1957 [1921]): *España invertebrada*. Madrid: Revista de Occidente.
- Platón (1922): *Diálogos*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Portantiero, Juan Carlos (1978): *Estudiantes y política en América Latina, 1918-1938*, México: Siglo XXI.
- Portuondo, José Antonio (1986): “Una deslumbrante lectura en el Patio de los Laureles”. En: Espinosa, Carlos (ed.): *Cercanía de Lezama Lima*. La Habana: Letras Cubanas, pp. 17-22.
- Robreño Depuy, Eduardo (1986): “Un cubano que honró a su patria”. En: Espinosa, Carlos (ed.): *Cercanía de Lezama Lima*. La Habana: Letras Cubanas, pp. 23-27.
- Rodó, José Enrique (1985 [1900]): *Ariel/Motivos de Proteo*. Prólogo: Carlos Real de Azúa. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Rodríguez Feo, José (1998): *Mi correspondencia con Lezama Lima*. La Habana: Unión.
- Uribe, Marcelo (1989): “Introducción”. En: *Orígenes. Revista de arte y literatura* [edición facsimilar], México/Madrid: El Equilibrista/Turner, vol. I, pp. 9-56.
- Verbum. Órgano oficial de la Asociación Nacional de Estudiantes de Derecho* [edición facsimilar] (2001 [1937]). Sevilla: Renacimiento.
- Vitier, Cintio (1984): “De las cartas que me escribió Lezama”. En: Vizcaíno, Cristina (ed.): *Coloquio internacional sobre la obra de José Lezama Lima*. Vol. I. Madrid: Fundamentos, pp. 277-292.
- (1993): “La aventura de Orígenes”. En: Lezama Lima, José: *Fascinación de la memoria. Textos inéditos de José Lezama Lima*. Selección y prólogo de Iván González Cruz. La Habana: Letras Cubanas, pp. 309-337.
- Williams, Raymond (1997): *Marxismo y literatura*. Prólogo de J. M. Castellet. Traducción de Pablo di Masso. Barcelona: Península.